

PANORAMAS ESPAÑOLES

EL MARAVILLOSO TORCAL ANTEQUERANO

CIA sobre la hermosa vega antequerana la primera luz dorada del amanecer.

Un día esp'endoroso amanecía también para mi espíritu. Un día cuyo sol radiante había de impresionar en mis retinas a bsortas el asombroso espectáculo del Torcal.

¿Qué panoramas dislocados y multiformes se escondían detrás de ese nombre tan evocador y tan sugestivo?

Esta pregunta se había agitado muchas veces en el hervor de mi fantasía insatisfecha, con inquietudes de apremio, y brotaba ahora nuevamente, anhelosa y rediviva, ante la proximidad del diálogo que, acerca de la maravilla recóndita, iba a sostener con la misma Naturaleza.

El Torcal era teatro de prodigios, al decir de cuantas descripciones había leído o escuchado; escenario geológico de extraña formación y de pujante morfología, según las divulgaciones fotográficas; fenómeno karstico de extraordinario interés, a juzgar por los testimonios de los estudios técnicos; algo atrayente, mágico, seductor, misterioso, inconcebible como el sueño de una fiebre cerebral o como el decorado excéntrico de una comedia de hadas.

Sin embargo, su nombre subyugador y montaraz no me explicaba nada y aun me confundía mucho, en la ruta de mis creaciones imaginativas. ¿Por qué se llamaba el Torcal? ¿Era un terreno cuya superficie aparecía taladrada, como la tela de un cedazo, por los gigantes orificios de n umerables torcas? ¿Era un terreno cuyas peñas hirsutas, según afirmaba otra hipótesis etimológica, se erguan, talladas por los agentes de erosión, en forma torculada, con estrías espiroidales envolventes como los tornillos?

Allá, en la cima enigmática de aquella mole gris, levantada como la mesa de un altar ante el retabio del cielo, al Sur de la ciudad de Antequera, se recataba, enclaustrada, soledosa y añorante, la entraña del misterio, la clave del arcano y la incógnita indescriptible de sus pudorosos hermosuras.

El automóvil empezó a trepar sobre el áspero escarpe de la carretera de Málaga y pronto llegamos a la Venta del Rosario, situada ya al pie de la meseta del Torcal. En la venta nos esperaban unos asnos enalbardados, de seguro paso y resignada condición, sobre cuyas anchas monturas abrimos el compás de nuestras piernas en ángulo de noventa y más grados, y, en esa guisa sanchopancesca y bufopanzuda, empezamos la agria subida por la senda llamada de los carriles en busca de la cañada de todos aires, verdadera aduana del recinto encantado.

Desde allí, a medida que avanzábamos, empezó a suspenderse nuestro ánimo y a vivir en una sucesión de impresiones, en un constante y delicioso sobresalto espiritual, atraído ahora por una curiosidad, reclamado después por una rareza, sorprendido más tarde por una silueta inconcebible, sacudido siempre por la sorpresa y el asombro. Y eso que aún no habíamos entrado en el Torcal alto, o sea en el Torcal propiamente di-



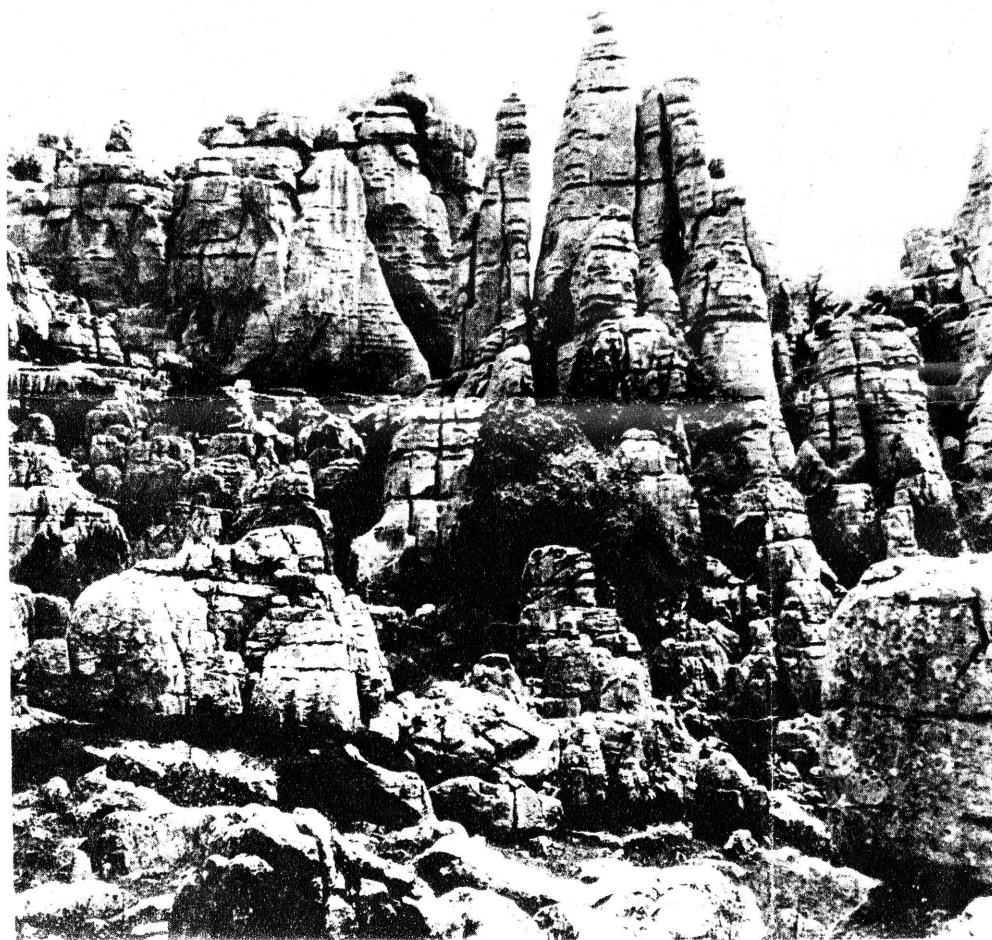
PIEDRAS DE FORMA TORCULADA

cho, en el que reclama para sí todo derecho a la celebridad y al renombre.

A partir de aquel momento nos convertimos en peatones, porque los rocines no podían ya sentar sin riesgo las herraduras desgastadas, sobre las peñas calvas y redondas y de aquel suelo abrupto, virgen de senderos. Un risco encumbrado que se elevaba al Oeste, como faro de nuestro camino, y que los naturales del país denominan las ventanillas, era el primer objetivo de nuestro viaje. Y a él llegamos sin traspies, aunque tras nuestros pies, a los pocos minutos de marcha. Pero ¡qué ventanillas! ¡Ventana, balcón, atalaya magnífica, sobre la riente costa malagueña! Estábamos a 1.100 metros de altura. La muralla ingente que nos sostenía en la región de las águilas iba a buscar su cimiento incommovible, en línea vertical, hasta el abismo. Ante nuestros ojos, con la atracción del vértigo, se tendía la tierra, fuertemente ondulada, y, en el horizonte, unos vapores densos, es-

táticos, remansados, yacentes, que se apretaban entre montañas, tendían la apariencia de un mar falso sobre el mar verdadero, en el que recostaban sus brumas.

Al abandonar aquel mirador incomparable, empezó el Torcal a descubrirnos todos sus grandiosos secretos. El paisaje sufrió de pronto una mutación de magia. Monstruos, fantasmas, espectros, trasgos, duendes de piedra se levantaron a nuestro alrededor y nos cercaron, como animados de propósitos hostiles. Y entonces no fué ya sólo admiración, sino recogimiento medroso, el sentimiento de nuestro espíritu. Hasta creían ver las imaginaciones exaltadas que el corro de gigantes danzaba, con bufa frivolidad, una pantomima grotesca, para burlarse de nuestra insignificancia de pigmeos. De improviso se aquietó nuestra exaltación y pareció cesar la danza macabra, quedando el corro de colosos inmóvil, en una actitud hierática, torturante, medrosa, silente, magnífica, aún más espantable que la soñada anterior mo-



PINACULOS ESBELTOS

soledades indómitas, rodeados de todas las bravas morfologías y de todas las ásperas magnificencias del insuperable caos, creímos soñar o haber cambiado de planeta. Figuras humanas abrazándose, caras satíricas contraídas por una eterna mueca de desdén, montones de legajos, figurillas de ídolos, la fauna antediluviana en sus más absurdas concepciones, acabadas esculturas de los animales de nuestros días, fenómenos apocalípticos, majestuosas ruinas de ciclópeas construcciones, sillares desprendidos, piedras caballerías, cresterías góticas, esfinges, cariátides, torres apuntadas, afiladas agujas, pináculos esbeltos, templos egipcios, rotos torreones, derrumbados castillos, obeliscos ingentes, pagodas orientales, sepulcros de altiva traza piramidal, cuanto puede concebir la fantasía más exaltada o la inteligencia más poderosa se ofrecía a nuestro paso revuelto, confundido y deshecho, como si hubiese sufrido el azote de una erupción volcánica o las poderosas embestidas de una invasión del mar.

Salimos, al fin, de aquella especie de pétreca cabellera erizada que es El Torcal, mudos, derrotados, hundidos en nosotros mismos, bajo la impresión con que había conmovido nuestro espíritu la magnitud del espectáculo. Espectáculo bien merecedor, ciertamente, de ser abierto al turismo internacional, una vez dotado de una carretera y de un albergue.

Y al salir del laberinto mágico, la Sima de la Mujer nos atrajo con su espantable boca. Una boca desdentada, desmesuradamente abierta, cuyo esófago impenetrable se perdía en las entrañas del subsuelo. Lanzamos piedras a su interior, que, al ser forzosa-mente deglutidas, nos respondían, a los catorce segundos, con lúgubres y aeneazantes ecos, como reprochándonos la profanación y la osadía. Acaso era la voz del hechicero, creador de El Torcal, que tenía en el fondo de aquel antro otro encantado alcázar, otro Torcal subterráneo, no menos rico que el visitado por nosotros en magnificencias y maravillas.

LUIS MARTINEZ KLEISER

(Fotos del mismo autor.)

viendo. Y al fin, sereno el raciocinio, des- enredada la maraña del discurso, estuve en condiciones de juzgar y discernir. Nos hallábamos en el fondo de una torca; el círculo de ciclopes que nos rodeaba eran sus erectas paredes, talladas, modeladas y bruñidas por la erosión. Lo que los naturales del país llaman, con gráfica denominación descriptiva, *hoyas*, *corralones* y *callejones*, según las formas circular o elíptica de sus plantas, son torcas producidas por depresiones o hundimientos tan próximos unos de otros que sólo dejaron, entre sus profundos circos, muros de imponente altura, afilados más tarde en la miel de los agentes físicos y químicos, hasta hacerlos semejar a manojos de flechas o a dientes de monstruos legendarios. Ya resultaba clara la denominación. Habíamos encontrado algunas piedras caprichosas, de forma torculada rarísima; pero no bastaba su número para justificar un nombre, tanto más cuanto que la palabra torcal tiene su acepción propia y precisa, que conviene exactamente con aquel fenómeno geológico, mientras que su derivación de torculado, que alguien pretendió, resulta, en mi entender, aún más retorcida que la forma de torcillo de las piedras.

Seguimos andando. La fatiga aumentaba a medida que el tiempo disminuía, y era preciso aprovechar el resto de las horas y de las fuerzas para recorrer, al menos, el sector más interesante del Torcal. Y así pasamos, mudos de estupor, por aquellos lugares encantados que se llaman, en el lenguaje pastoril, *La Hoya de la Rucha*, *La Gallamba*, *El Agresol*, *El Corralón del Tabaco*, *El Pílon Cubierto*, *El Callejón Ancho* y *Las Parrillas*. Ni descripciones, ni fotografías, ni símiles pueden alcanzar la virtud de evocar sus imágenes. Aquella naturaleza grandiosa, rebelde, violenta, convulsa, que parece hablar con nunca superada elocuencia de terremotos, y de trombas, y de hundimientos, y de catástrofes, pone en derrota a la palabra y en ridículo

al Diccionario. El nombre, constantemente vencedor, se siente allí pequeño y vencido. Cada hondón de aquellos nos evoca un paisaje lunar o reproduce, ante nuestra fantasía, las dislocadas y espectrales apariencias de los hielos del polo. Aislados del mundo, en el silencio sublime de aquellas

TEMBOURY

MALAGA



LAS PEÑAS REMEDAN MONTONES DE LEGAJOS